

do de pámpanos, con la copa rebosando vino en la mano, los ojos centelleantes de alegría y de sensual amor, y el pecho respirando tranquilo las auras perfumadas de Tiburi! Bajo aquella sonrisa y aquella alegría se encuentra siempre el sombrío dolor de un alma que aspira á lo infinito; ¡lo infinito! que solo puede traer al mundo el Cristianismo. (Generales aplausos.)

La poesía lírica satisface principalmente la necesidad que tiene el espíritu de expresar, de manifestar sus sentimientos. El alma humana es la verdadera esencia de la poesía lírica. Este género de poesía recorre todas las escalas del sentimiento, desde la pasión fogosa y rápida hasta el amor profundo é inmortal; y todas las escalas de la idea, desde la impresión que causa la naturaleza en los sentidos hasta la alta idea que nos liga á Dios. La forma de esta poesía es eminentemente individual, es el grito de un alma, es el reflejo de un sentimiento, es la huella que deja una idea, es todo el mundo y todo el espíritu, pero reflejado en la conciencia individual. Aunque los objetos exteriores sean la causa ocasional del poema lírico, la verdadera causa, la permanente, es la necesidad vivísima que tiene el espíritu de salir fuera de sí, de realizarse en el arte. El poeta lírico no necesita que el mundo exterior le dé motivos para cantar. En su alma inmensa, en su pensamiento inagotable, en su clarísima conciencia,

en su sér, encuentra raudales inagotables de inspiración y de vida. El alma, recogiendo en su inmenso seno el mundo exterior, lo transforma, lo engrandece, le dá el color de sus ideas, el movimiento de sus pasiones. La poesía lírica es el alma del individuo, que recoge los rayos de luz venidos del mundo exterior, los átomos que de todos los séres se desprenden, la vida que late en las entrañas de la creación; y no contenta con esto, desenvuelve como un gran cuadro el mundo interior, la naturaleza humana, sus sentimientos y sus ideas, y por último, cerniéndose audaz sobre el tiempo y el espacio, llega hasta penetrar arrobada en el santuario de Dios.

La poesía lírica no presenta más que lo subjetivo, el hombre individual, el alma; es necesario una poesía que presente lo objetivo, el hombre colectivo, la sociedad. Este género de poesía es el poema épico. Aquí la individualidad del poeta no aparece, se pierde en su obra. La fantasía retrata en sus aguas todas las hermosísimas estrellas del cielo. La poesía lírica es el alma del hombre, del individuo; la poesía épica es el alma del pueblo, de la nación. Cuando el espíritu de un pueblo ha crecido, cuando su libertad é independencia han triunfado de todos sus enemigos, cuando el sentimiento de su vida penetra todo su sér, cuando posee ya una historia que le entusiasma y le exalta, entonces el alma del pueblo estalla en un gran

poema épico, iluminado por el resplandor vívido y claro de la gloria. El poeta épico debe despojarse de su personalidad en el altar de la patria, recoger en su corazón todos los sentimientos, en su inteligencia todas las ideas que agitan á su pueblo y levantarse á dar cuerpo al espíritu popular en un gran poema, en que desaparezca completamente el poeta para que solo brille el pueblo. El poeta épico así logrará una gloria inmortal. Los corazones latirán al oír sus versos. El soldado moribundo los recitará con voz apagada en el campo de batalla al exhalar el alma por la patria. El anciano murmurará las páginas del poema en los oídos de sus nietos para dar buenos hijos á la patria alimentándoles con aquella sávia. Y todas las generaciones repetirán en sus desgracias y en sus prosperidades tan sublimes cantares.

La poesía épica ha tenido tres momentos sublimes en la historia antigua; ha sido divina en Oriente, semi-divina y semi-heróica en Homero, semi-heróica y semi-humana en Virgilio, completamente humana en el español Lucano. En la épica oriental no aparece el hombre; solo aparece Dios como en su religion, como en sus leyes, como en su familia, como en su política, como en su sociedad, como en toda su vida. La poesía épico-griega es la exaltación del hombre, su triunfo sobre el Oriente, sobre la naturaleza. A orillas del verde Océano, que quiebra sus ondas en negras

riberas cubiertas de pinos, se levanta la tienda de los Mirmidones, en la cual, descansando en un lecho, está el ligero Aquiles, con su escudo á un lado, su lanza al otro, sus esclavos á los piés, su lira de plata en la mano, cantando á los dioses sus padres; guerrero invencible, que cuando guía su carro y vibra su lanza es más feroz que el tigre y el leon, y más terrible que la tempestad en el bosque; guerrero, que llega á Oriente, vence á Héctor, el mejor de sus enemigos, le arrastra siete veces alrededor de los muros de Troya, y despues lo entrega á su padre para que lo entierre entre las cenizas de sus mayores; guerrero, que como la estatua de la fuerza y del valor, se levanta sobre el sepulcro de Oriente y sobre la cuna de Grecia, simbolizando eternamente el triunfo del espíritu sobre la materia, del hombre sobre la naturaleza. Homero es Grecia vencedora de Oriente, el hombre vencedor de la naturaleza; por eso su poema es religioso y heróico. El poema de Virgilio, es el canto, no de la guerra del Occidente con el Oriente, sino el gran epitalamio de la union de estas dos almas en el seno inmenso de la Ciudad Eterna. El poema de Homero es rudo como un combate, el poema de Virgilio es dulce como un cántico de amor. Homero va á destruir una civilización, á derramar sus cenizas sobre la faz de la tierra; Virgilio, alma amorosa como el espíritu de Roma, va á recoger las cenizas de esa misma

civilizacion y á mezclarlas en la copa donde la Ciudad Eterna bebe su vida, para que, como Artemisa, Roma guarde en su seno el alma y los restos del Oriente. Aquiles representa en su impetuosidad un mundo que niega otro mundo, el pensamiento humano que se aparta fuertemente de la naturaleza. La antítesis de la civilizacion del Oriente, que escribe el politeísmo en sus dioses, Esquilo en sus tragedias, los héroes en Marathon, Platea y Salamina, la habia escrito Homero en su Iliada. La union del Oriente y el Occidente, que habian realizado los héroes romanos, desde Rómulo hasta César, la escribe indeleblemente Virgilio en la Eneida; Aquiles, que lucha, aparece fuerte guerrero; Eneas fugitivo, que va á buscar la paz, que va á fundar un reino, que va á imprimir un ósculo de amor en la frente de los mismos que le han arrojado de su patria, une eternamente el alma del Asia y el alma de Grecia y Eneas es el símbolo de Roma. Hé aquí por qué Homero y Virgilio son dos grandes poetas épicos.

Mas la poesía épica, segun hemos dicho, es eminentemente objetiva, y debia cantar á Dios, al hombre en la sociedad y la naturaleza. Examinemos los grandes cantores de la naturaleza en composiciones más ó ménos análogas al poema épico: Hesiodo, Lucrecio, Teócrito y Virgilio. En Hesiodo se ve el pensamiento del hombre dominado aún por el inmenso peso de la naturaleza; el alma

escondida como la cigarra en el haz de trigo, como el insecto en su capullo, en su pintada larva; en Lucrecio el pensamiento domina la naturaleza aunque su filosofía sea materialista, el amor humano arrastra en sí como una gran corriente todos los séres; las ideas del hombre son átomos luminosos, mucho más bellos que los átomos que entran á componer el sol y las estrellas; y en Teócrito se goza en presentar la naturaleza ruda y majestuosa del desierto; pero la refleja admirablemente. Parecen un cuadro sus poemas. El aire se ve circular por sus páginas, la vida de la naturaleza penetra en sus versos. La égloga de los pescadores parecerá siempre un cuadro acabado que nos ofrece la cabaña á orillas del mar, los marineros durmiendo sobre las algas, la vieja barca atada á los peñascos por una cuerda, las redes y los hilos secándose sobre la cabaña, la luna, luciendo dudosa al amanecer, y luchando con el dia, los pescados de mil colores saltando á la orilla, y los pobres pescadores en su miseria ni envidiados ni envidiosos, contentos con su trabajo, á pesar de que uno de ellos habia soñado cierta noche que salia prendido á sus redes un gran pescado de oro. Todo está en el gran Teócrito tan acabado y perfecto que reproduce y engrandece la vida de la naturaleza como el pincel de un pintor. Teócrito gusta de ver el becerrillo de piel blanca manchada de negro, corriendo tras la vaca, que muge de

alegría cuando el vaquero la llama al establo; y gusta de ver este cuadro desde las orillas del mar de Sicilia, tendido en el suelo, respirando las tibias auras del estío que soplan las riberas de la vecina Africa. En todos estos cantos de Teócrito se ve la naturaleza y el alma del hombre unidas. El mundo es tan hermoso, que el alma nada finge superior al mundo. El alma se halla tan bien y tan contenta, que lejos de sentir aspiración ninguna á lo infinito, se pierde en los campos como el pajarillo en las ondulaciones del aire. La naturaleza y el hombre se identifican en Teócrito, y en Virgilio sucede lo mismo. Virgilio nos reproduce dulce y tranquilamente el campo cubierto de verdura; el rio corriendo fresco y puro entre las hermosas márgenes; el zumbido de las abejas que liban la miel de los lirios y violetas y vuelan en caprichosas espirales sobre la florida zarzosa; los blancos cabritillos, saltando de roca en roca, y suspendiéndose al borde oscuro del abismo para hincar el diente en la menuda fresca yerba; la tortolilla arrullando su dolor y su viudez en las ramas del alto olmo, que se pierde en los aires; la hora de la siesta, en que se oye el chirrido de la cigarra, como convidando al sueño; el anoecer, las sombras que descienden de las altas montañas; la choza que humea al caer la tarde; el labrador, ese artista de la naturaleza, reclinado á las puertas del establo en los uncidos bue-

yes, que le miran sumisos, con el perro á sus plantas, viendo las palomas que cruzan sobre su frente aleteando, contentas al volver á sus nidos, mientras el ruiseñor escondido en la enramada, saluda la venida de la noche con sus melancólicos gorgoros impregnados de amor; cuadros hermosísimos, en que aún se respira el dulce aroma de la naturaleza, y se contempla la calma dulce y suave de los campos. (Ruidosos aplausos.)

Señores: así como la poesía lírica presenta lo subjetivo, y la poesía épica lo objetivo, la poesía dramática es la union de lo subjetivo y de lo objetivo; es la gran síntesis del arte. Yo no conozco nada en la historia del arte más grande que la tragedia griega. Una inmensa plaza es el teatro. En el fondo se ve el mar inmenso, con sus olas que acompañan como un gran coro la voz de trueno de los héroes. El cielo de la Atica centelleante de alegría, y el sol, que se mece sobre el ocaso, alumbran la escena. El gran personaje trágico lleno de pasiones se levanta en el fondo como una hermosa estatua sobre su hermoso pedestal. Lucha, no ya con el hombre, lucha con el destino, con las leyes generales de la naturaleza, con las leyes generales de la conciencia. Esta lucha del individuo con la ley inquebrantable, del hombre con el destino, de lo particular con lo general, es lo más trágico que puede ofrecer el arte. Por eso nació y murió allí en Grecia la tragedia. El personaje trá-

jico es castigado por sus acciones, aunque sus acciones no dependan de su voluntad, y así en su hermosa frente se reúnen á un tiempo las negras sombras del crimen y la alba luz purísima de la inocencia. Aquellos héroes con las manos manchadas de sangre, son puros; aquellos asesinos de sus hijas, de sus esposas, de sus madres, son inocentes; mezcla sublime de horror y de grandeza, que no ha vuelto nunca á tener el arte. Sobre los horrores, sobre las terribles pasiones, sobre la negra noche en que están sumidos los personajes trágicos, se levanta siempre una voz de consuelo, de esperanza, de gloria, una música sublime, divina, que recuerda la justicia, la verdad, la hermosura, el amor: el coro, que es como el sol que flota sobre las nubes, como el concierto acompañado de los mundos, que canta sobre las frías tinieblas de la noche.

Mirad esta lucha gigantesca del hombre con el destino en la gran trilogía del gran Esquilo. Agamenon, en el mar irritado, que va á sorberse sus naves y su gloria, ofrece sacrificar á Neptuno la primer persona que se aparezca á sus ojos en las rientes riberas patrias. La primer persona que aparece es Efigenia, su hermosa hija, que coronada de flores, va á saludar á su padre. El padre cede al destino, y mata y sacrifica á su inocente hija, y le clava su puñal en el corazón, y la sangre virginal salpica su frente, y el alma de la hermo-

sa doncella se pierde en la blanca nube de humo que sube del sacrificio al cielo. Clitemnestra, la esposa de Agamenon, la madre de Efigenia, sacrifica á su esposo, venga á su hija. Orestes, el hijo de Agamenon, va á ofrecer un sacrificio á su padre, y el destino le dice que desgarré el seno de su madre, el mismo seno que le ha dado la vida, el mismo pecho que ha dado á sus labios la dulce leche. Orestes mata á su madre, y las Euménides, las Furias, con sus gritos horribles, con sus agudos gemidos, cubiertas de rojas llamas, con la cabellera de serpientes, le persiguen por las áridas riberas del embravecido mar. ¡Desgraciadas generaciones, terrible juguete del destino! Mas no creais que presentan solo esta faz, tambien presentan al hombre amenazando al destino. Prometeo encadenado, se revuelve contra Júpiter, escita al Océano y á los vientos para que vayan á tragárselo, y en medio del politeismo predica el destronamiento, la muerte del padre de los dioses. ¡Qué espantosa tragedia es el Prometeo! ¡Qué imagen tan fiel de los dolores de la humanidad! Los hombres, antes de la venida de Prometeo, andaban perdidos por la tierra. Oscuras cavernas eran sus viviendas, pobres yerbas su alimento. El rayo del cielo, como un vibrante látigo los azotaba; la tempestad, el huracan los perseguía y los arrastraba en sus ráfagas. El ahullido de todas las fieras, el rugir de los leones, el ma-

hullar de los chacales ponía miedo en el corazón de aquellos infelices hijos de la naturaleza. Las ráfagas del viento los estrellaba al querer andar contra los pelados picos de las montañas. Los volcanes se abrían bajo sus plantas para consumirlos y devorarlos. Ni siquiera sabían distinguir las estaciones, señalar la época en que vienen las flores ó las frutas, ó el helado invierno. La espesa noche de la ignorancia pesaba gravemente sobre sus almas. Los hombres parecían como los fantasmas pálidos y errantes de un sueño. Pero un día, en medio de aquella desolación, se levantó el profeta, el sabio Prometeo. Congregó á su alrededor los hombres dispersos, y les mostró, levantando su sagrada mano á los cielos, la eterna carrera de los astros, su nacimiento y su ocaso. Se inclinó á la tierra, y abriendo su seno, hizo brotar ante los ojos de aquellos desheredados de toda ciencia, el manantial fecundo é inagotable de la vida. Desgajó los árboles, y supo forjar los grandes instrumentos de labranza. Escarbó en el seno de los montes, y encontró como un arma inquebrantable, el hierro. Se lanzó sobre el toro, que salvaje bramaba por las selvas, y lo sujetó á la coyunda, tornándolo pacífico buey de los campos. Aprisionó los vientos y le dió al hombre alas para que volara sobre la superficie de los mares. Y no contento con esto, queriendo también iluminar la conciencia, al rayo del sol encendió una antorcha, para

abrasar en el fuego celeste, en la vida divina, el alma de los hombres. Entonces Júpiter, el tirano Júpiter, temeroso de que los hombres, creciendo así, pudieran tocar con sus manos al cielo, asestó su rayo contra Prometeo, lo derribó en el Cáucaso, le ató con fuertes ligaduras al monte, y envió un buitre para que le devorara las entrañas. El frío azotaba el desnudo cuerpo de Prometeo tendido en el Cáucaso, los rayos del sol herían sus ojos y su frente, las nubes rozaban sus cabellos, los copos de nieve quedaban prendidos de sus párpados, los volcanes herbían bajo sus espaldas, los lagartos, las víboras, las serpientes corrían sobre sus desnudos miembros, y en vano forcejeaba para libertarse de sus hierros, porque ni la muerte se condolia de su bárbaro tormento. En este martirio, Prometeo incita á la naturaleza contra Júpiter. El Océano le contesta, rugiendo sus olas alteradas como si quisiera escalar el cielo contra Júpiter. El beso de sus húmedas brisas, beso amorosísimo consuelan al mártir y enjugan el sudor de sangre que baña todo su cuerpo. Y aquel hombre, herido, azotado, tendido en un monte, víctima de todos los dolores, sin libertad; viendo al cielo conjurarse contra su vida, y gozar en su tormento, castigado por haber hecho la felicidad de los hombres, por haber esclarecido su conciencia y sujetado su naturaleza á la ley divina del trabajo, por haber hecho en su favor lo que ni siquiera habían

imaginado los dioses; aquel hombre, renegando de Júpiter, moviendo contra su poder los elementos, es la lucha gigantesta, sublime, divina, del hombre, que desea ser libre, con el impío y bárbaro destino. Y no solamente presentan la lucha del hombre con el destino, presentan al par la victoria del hombre sobre el destino. En verdad, señores, no significa otra cosa Edipo el de Sófocles. Edipo sabe que ha sido asesino su padre, esposo de su madre, hermano de sus mismos hijos. Cuando el oráculo le anuncia esta horrible nueva, el furor le posee, la desesperacion sacude como una gran corriente todo su cuerpo; loco, fuera de sí, rugiendo de rabia, rechinando de horror los dientes, exhalando fuego de sus ojos y de su garganta espantosos gemidos, pregunta por el lecho infame de la que fué á un tiempo su madre y su esposa, rompe con sus puños la puerta que le cierra el paso, entra en la estancia, se avalanza al lecho, encuentra á su madre, á la mujer que ha profanado con su impuro amor, tendida en el lecho, ahogada con las trenzas de sus cabellos, fria ya, exánime, y en tal momento, arrancado al manto de la reina el alfiler con que lo sostenia al pecho, se levanta con su mano izquierda los párpados, hunde el alfiler en los globos de sus ojos, que saltan como rotos cristales, y un mar de sangre y de lágrimas inunda el rostro de Edipo, que huye des-pavorido de Tebas bajo el peso del destino, abofe-

teado por las maldiciones de los dioses y de los hombres. (Estrepitos aplausos). Mas esta víctima del destino, triunfa en el Edipo Coloneo de su triste suerte. En el Edipo Coloneo se ve la redencion por el dolor, presentimiento cristiano en que no han insistido los trágicos modernos. El mismo dignísimo presidente de esta corporacion, el distinguido poeta, cuyas glorias literarias admiro y respeto, aunque no profeso sus ideas políticas, porque alguna diferencia ha de haber entre la ancianidad que se vá y la juventud que viene; el mismo presidente de esta corporacion ha escrito una admirable tragedia de Edipo representando solo, si bien con arte maravilloso, el Edipo Tebano, cuando la gran obra de Sófocles será siempre el Edipo Coloneo.

En el Valle de Colonna, cuyos montes impiden el frio viento en invierno, cuyos umbrosos árboles entrelazados con los anchos pámpanos ocultan los rayos del sol en el estío; allí, donde gustan habitar los ruiseñores, y abre al lado del jacinto su oloroso cáliz la flor del azafran y se extiende en mil paralelos arroyos por la verde grama el susurrante Cephiso, camina el ciego Edipo, apoyado en la hermosa Antígona, que abandona el amor y el poder por ser báculo de su padre; y allí Edipo, víctima del destino, se trasfigura por la muerte, se limpia con su dolor de sus manchas, y viene á ser el génio tutelar del delicioso valle.

Véase, pues, cómo la tragedia griega ofrece la lucha del hombre con el destino, y el triunfo del hombre libre sobre el destino. En esta última gran obra de Sófocles hay también, además de este presentimiento cristiano de la libertad, la casta, la ideal figura de Antígona. El mundo le ofrecía la dicha, el amor, y abandona el mundo. Por los valles, por los montes, sin temer ni al frío ni al sol, va sirviendo de apoyo á su padre abandonado de los hombres y maldecido por los dioses. Cuando el mundo entero se arruina sobre la frente de Edipo, cuando las cavernas de las fieras son su único asilo, cuando el cielo se torna de acero, implacable á sus ruegos, cuando hasta la misma naturaleza parece que le rechaza de su seno, aquella hermosa jóven, pura, virtuosísima, enjugando con sus besos las lágrimas de su padre, guiándole al través de los bosques, á orillas de los precipicios, entonando dulces cantares para arrullar su sueño, sin acordarse de su propia felicidad, atenta solo á la desgracia del que le ha dado el sér, despojándose de todos los encantos de la vida en el ara de un sublime sacrificio, aquella hermosa jóven, decía, parece un ángel enviado por el Dios de misericordia, para sostener en su terrible tormento al inocente mártir del paganismo. Mas no pára en esto el sacrificio de Antígona. Muerto su padre en Colonna sabe que sus hermanos Eteocles y Polinice han muerto también delante de

los muros de Tebas por un mísero trono. Y aún sabe otra nueva más fatal; los restos de Polinice no han encontrado sepultura. Las aves de rapina, los osos de los montes se van á repartir los restos de su hermano; tremendo castigo, según las ideas de aquel tiempo, castigo que equivalía á eterna muerte. El tirano Creon prohíbe dar sepultura á Polinice. Antígona se dirige al campo donde yace insepulto el cadáver de su hermano, lo riega con sus lágrimas, lo estrecha contra su corazón, abre el seno de la madre tierra y le dá sepultura. Creon lo sabe, y manda comparecer á su presencia á la que ha osado desconocer su autoridad y desoir sus mandatos. Antígona entonces dice al tirano, que sobre las leyes de los hombres lucen las leyes de los dioses; que el cielo le imponía el deber de enterrar á su hermano, y ningún mandato de ningún rey es poderoso á contrastar los mandatos del cielo; que iba á morir, sí, pero á morir tranquila, porque había satisfecho su conciencia; y en efecto, aquella mujer divina es encerrada en oscura caverna; aquella mujer, que había dado la felicidad por su padre, dá la vida por su hermano, y aparece en el mundo antiguo como un ideal que se cierne sobre sus valles, sus mares y sus campos, viviendo vida más pura y duradera en la memoria de los hombres que los héroes y los dioses.

No existen solamente en el arte antiguo estos

trágicos; existe también Eurípides. Esquilo me parece un poeta divino, sus personajes tienen algo de olímpicos; Sófocles me parece el poeta de la humanidad, sus personajes son grandes símbolos morales; pero Eurípides me parece el poeta de la realidad, sus personajes, en mi sentir, tienen demasiado sobre sí los átomos del polvo de la tierra. El gran tipo creado por Eurípides, su tipo inmortal, es Medea. La maga, la hechicera, que ve á su amante unido á otra mujer, que se abrasa de celos, que manda presentes horribles á su infeliz rival y la ve morir contenta, y luego volviéndose á sus mismos hijos, cuyo aliento ha respirado tantas veces, cuyos besos ha recibido con tanto cariño, los desgarrar y esparce sus miembros palpitantes por la tierra; aquella mujer será siempre un tipo de espanto y horror trágico.

La tragedia es sin duda la lucha del hombre con las leyes generales de la naturaleza y de la conciencia personificadas en el antiguo destino. Las grandes pasiones, los intereses elevados y las ideas sublimes deben ser la trama de la acción trágica. Los personajes suelen estar en armonía con la esencia de la acción trágica. Porque si la trama consiste en grandes ideas y grandes fuerzas morales, el personaje trágico es una idea viva, una fuerza moral también. Mas como las ideas y las fuerzas morales viven y se desarrollan en grandes y altas regiones muy superiores por más

de un concepto, á la vida real, y el personaje des-
envuelve la trama de su existencia en la tierra; de aquí las terribles luchas, las dolorosas desgracias, los combates, las tempestades, las catástrofes, las muertes, los tristes desenlaces que necesariamente han de venir en la tragedia, para causar aquel horror sublime y aquella compasión que purifica y exalta nuestro espíritu.

La tragedia es, bajo este concepto, hija natural de Grecia. Aquel pueblo en su edad heroica personificó sus ideas morales y religiosas en héroes, en dioses. Los héroes y los dioses con sus pasiones humanas podían descender al teatro, y dar con su presencia á la acción un carácter divino. Se veía allí, en aquel teatro, lo que no es dado ver en nuestro gran teatro moderno; se veían allí las leyes generales de la conciencia y de la naturaleza puestas en acción obrando en la escena con su virtud propia; de suerte que para el espectador no había nada ni invisible ni misterioso. El dios con que el héroe luchaba, podía descender al teatro, y no había necesidad, cuando las luchas eran en fuerzas superiores á las fuerzas humanas, no había necesidad de ver al héroe trágico persiguiendo fantasmas, ó cuando menos, principios invisibles, que no pueden interesar al que desea verlo todo plásticamente, como es propio de la esfera en que vive el arte. El destino quiere casi siempre realizar en la tragedia antigua el fin

propio del hombre. Lo que necesitaba Agamenon era salvar á Troya. En este punto el destino tenia razon, estaba en armonía con la vida toda del héroe. Mas para salvar á Troya, Agamenon necesitaba matar á su hija, á su Efigenia. Aquí entra la gran lucha del hombre, de la pasion del hombre con la ley general del destino. Si no mata á Efigenia, se pierde Agamenon, y con Agamenon su reino, y con su reino toda la Grecia. ¿Qué hacer? Si mata á Efigenia, eterno dolor va á caer sobre su corazon de padre. El hombre ¿qué quiere, el hombre individual, el buen padre? salvar á Efigenia. El repúblico ¿qué quiere, el patricio, el rey? salvar á Grecia. ¿Quién vencerá á quién? El hombre pone sus pasiones individuales en armonía con la ley general de su vida, se doblega al destino. Y este es el gran interés que ofrece la tragedia griega. Hay otro elemento en la tragedia griega, que es de suma trascendencia y que dá un carácter propio á esta bellísima creacion del pueblo más artista del mundo; hablo del coro. Mientras los personajes se extravían ó se pierden, el coro pinta la virtud, recuerda el bien. Cuando el crimen mancha de sangre la escena, el coro entona un cántico de esperanza; cuando el héroe vacila, el coro le escita á la virtud; cuando duda, el coro le inspira fé; cuando todo parece perdido, el coro recuerda que existe la justicia; mientras el espectador calla, el coro siente los latidos de su

corazon, é interpreta su pensamiento y es su juicio. El coro es el pueblo griego, siendo objeto y sujeto á la representacion trájica, espectador y actor á un mismo tiempo.

Roma no conoció la tragedia, ni la necesita. ¿Qué personajes más trájicos que sus tribunos y sus emperadores? ¿Qué mayor teatro que el Foro? ¿Qué coro más grande y armonioso que el pueblo en el campo de Marte? ¿Qué desenlace más trájico que la muerte de sus grandes repúblicas? ¿Qué tragedia podia igualarse á los gladiadores, al Imperio? ¿Qué trájico ha llegado nunca á donde llegó el sombrío genio de Tácito? La tragedia de Roma es su historia. (Aplausos.)

Así como la tragedia es la lucha de la individualidad del hombre con las leyes generales del destino, la comedia antigua es la lucha del individuo con lo particular, la pintura fiel de dos mil tropiezos que en su camino encuentra el hombre para cumplir su fin. La comedia de Aristófanes será siempre lo que es hoy la prensa; el gran arma con que el espíritu público persigue á los malos gobiernos, el gran tribunal donde aparecen las faltas de los repúblicas. No hay que hacerse ilusiones. En los pueblos libres, á medida que crece la libertad de los ciudadanos, disminuye la libertad de los gobiernos. Conforme el hombre ensancha su esfera de accion, el poder la restringe y la limita, la opinion pública es la reina de